



#### XIV

A veces iba yo á charlar en la botica de don Procopio Meconio. En aquel famoso mentidero, centro recreativo de ociosos y desocupados, se reunían á todas horas los jóvenes más guapos y los viejos más parlanchines de la budística ciudad. En aquella botica concurrían: Venegas, espíritu fuerte, liberal de la nueva echada, republicano incipiente, muy enconado contra el malaventurado ensayo imperial; Jacinto Ocaña, monarquista hasta la médula de los huesos, que siempre que hablaba de Maximiliano, se descubría respetuosamente, y que á cada instante trababa disputas con Venegas, sacando á bailar la Saratoga y el Tratado Mac-Lane; el doctor don Cri-

santo Sarmiento, retrógrado por los cuatro costados, que vivía suspirando por el régimen colonial, que se hacía lenguas de Revillagigedo, que de buena gana viera restablecido en México el Santo Tribunal de la Fe, y que cuando alguno hablaba de la Independencia, decía, echándola de agudo:

—La maldita *india pendencia* que nos tiene hechos una lástima!

Y no sé cuántos más, entre quienes figuraba el dueño de la botica, el invariable don Procopio, jugador desenfrenado, que había convertido aquel templo de Galeno en un santuario de Birján. Solíamos ver allí al P. Solís. Venía de tarde en tarde, á la hora en que había menos tertulios; se leía de cabo á rabo los periódicos, y luego. . . . ¡á charlar con Sarmiento y con Venegas! Mientras don Procopio jugaba adentro con sus cofrades, afuera, delante del mostrador, en presencia de los compradores, se enredaban pláticas que frecuentemente se convertían en disputa. Venegas se complacía en atacar al caído Imperio; Sarmiento le defendía acalorado y lleno de brío. El republicano se ensañaba contra el Catolicismo; el médico decía pestes del partido liberal. El pedagogo, muy encariñado con el *Ca-*

*tecismo Político* de Pizarro Suárez, alegaba no sé qué razones, en favor de la tolerancia de cultos, y oponía á los dichos de su contrario algunos de aquellos argumentos protestantes tan usados por los periódicos á fines del 56 y principios del 57. El médico montaba en Júpiter; sacaba á relucir sus argumentos en forma, su ciencia de seminarista, y, por último, á los desahogos de Sarmiento contestaba con dicerios.

El P. Solís, reflexivo y cachazudo, se estaba quedo; oía y callaba, hasta que para calmar los ánimos, terciaba en la disputa. Primero,—tal era su táctica—se iba derecho hacia el Doctor; le concedía la razón, pero censurándole acremente sus exageraciones de monarquista.

—Iturbide, (á quien el Acta de Independencia llama: *un genio superior á todo elogio*) hizo una tontería. En nuestro tiempo nadie se improvisa rey ni emperador. Papel tan alto sólo cuadra á quien fué mecido en regia cuna, á quien nació en las gradas de un trono. Un pueblo no se da á sí propio, sólo *porque así lo quiere*, un buen gobierno y buenas instituciones. Es preciso que se los busque de acuerdo con sus tradiciones; es necesario que tenga en cuenta las enseñanzas de su historia; es preciso que las insti-

tuciones y la forma de gobierno le vengan apropiadas, como á mi la sotana, á vd. la levita y á este joven el saquito corto. Ahí tiene vd. explicado lo efímero del imperio de Maximiliano.

Luego, pasando á la cuestión religiosa, decia sereno y reposado:

—Amigo, amigo don Crisanto: entiendo que la Iglesia no patrocina ni monarquías ni repúblicas. Para ella, cualquiera forma de gobierno es buena. . . . ¡cuando es buena! Poco le importa que el jefe de un Estado se llame rey ó presidente ó emperador. No, amigo; no hay que pretender eso que vd. quiere. Nada de identificar la cuestión política con la cuestión religiosa.

En seguida cerraba contra Venegas. Era de oírle cuando, en un estilo conciso, breve, incisivo, ponía en la picota los dislates del pedagogo que nada sabía á derechas y todo se volvía palabras sonoras y retumbantes. Se burlaba de él; se reía á más y mejor de sus conclusiones luteranas, y después rebatía, con mucho acierto, los errores del mozo.

—¡Joven! ¡joven!—prorrumpía en tono de sermón.—Esta Constitución que vd. pone por las nubes, no ha sido hecha de acuerdo con las necesidades del país. Hago punto omiso de cuanto

hay en ella contra la Religión. Pugna contra nuestras costumbres. Nuestro pueblo no está educado para esas libertades. Dígame vd.: si yo para contestar una demanda tendría que consultar con Castro Pérez, ó con cualquier tintorillo, ¿qué haré si un día llevo á diputado y tengo que legislar? Y cualquiera puede llegar á diputado: vd., el Doctor, ese indio que va por allí, muy cargado con su soberanía, yo. . . . No, yo no, porque soy sacerdote, ministro de un culto, y por ende no soy ciudadano más que á medias. Pues ¡claro! ó no sabrían ustedes lo que habrían de hacer, y votarían á la buena de Dios, ó lo que es más seguro á la buena del Diablo. Ahora, cuanto á las perrerías esas que ha vomitado usted contra la Santa Madre Iglesia, vamos al grano, señor y amigo mío: no sabe usted lo que se dice. ¡Ya se ve! Toda su ciencia de vd. está en el Catecismo de Nicolás Pizarro. Vamos, joven: beba vd. en fuentes más limpias, y no hable por ahora de cosas que no entiende. ¡Y aquí paz, y después gloria! Y adiós, amigos! Me voy; no he rezado el oficio, y es la horita del chocolate. ¿Ustedes gustan?

El exclaustrado se iba; Sarmiento se componía la chistera y tomaba el portante, y Venegas

se marchaba diciendo pestes de frailes y retrógrados.

Nosotros nos quedábamos comentando la conversación de los tertulios, hasta que á las seis me iba yo á instalar en un asiento de la Plaza, para oír tocar á la señorita Fernández.

Conviene saber que la familia Fernández era mal vista en la ciudad. Su cultura chocaba á los buenos budistas de Villaverde. Cuando compró la hacienda de Santa Clara, el Sr. Fernández vino á vivir á mi ciudad natal, y procuró relacionar á los suyos con lo mejor de Villaverde.

Pero éstos no hicieron relaciones con nadie; mejor dicho: los villaverdinos no correspondieron á los deseos de la señora y señorita Fernández. Sólo intimaron éstas, con Sarmiento y el P. Solís, pues aunque visitaron á las principales familias de la ciudad, mis buenas paisanas no dieron muestras de estimación por las recién llegadas.

Las gentes de Villaverde, las mujeres particularmente, no veían con agrado los usos y costumbres de la familia Fernández. Murmuraban de ella, susurraban acerca de la señorita tonterías y burlas, y, como es natural, á la simpática y elegante pollita nada de esto le agradó.

—¿Gabriela Fernández? ¡Más orgullosa! ¡Más frívola! ¡Qué pagada de sí! ¡Qué entonada! ¿Qué se estará creyendo? Si creerá que en Villaverde no hemos visto lujo ni elegancia. . . . Sí, sí, ya sabemos que dice que esta población es una hacienda grande. . . . Creerá que viene á deslumbrarnos con sus exterioridades y sus trajes. ¿Y todo por qué? Porque sabe tocar el piano. Allí está Luisita Castro Pérez que toca tan bien como ella, y sin embargo es modesta y humilde. Pues se engaña; no hemos de visitarla ni por una de estas nueve cosas. ¡Que gocen de su lujo y de su dinero! ¡Que luzca Gabrielita sus trapos caros! Para nada necesitamos de ella. ¡Qué gusto!—repetían las envidiosas—¡Qué gusto! Todos los muchachos de aquí salen con cajas destempladas! ¡Mejor! ¡Mejor! ¡Quién les manda enamorar marquesitas! Y bien visto, ¿quiénes son los enamorados? Eduardito. . . sólo Eduardito! El muy tonto, como tiene dinero, como su padre es rico, está seguro de que le hará caso.

Mis paisanos no tardaron en advertir que, tarde á tarde me pasaba yo las horas oyendo tocar á Gabrielita. Una noche, al entrar en la botica, oí que hablaban de la señorita Fernández, y que

decían algo de mí. Pronto supe que en todos los corrillos, en todos los mentideros, en cada casa, decían y repetían que estaba yo enamorado; que me bebía los vientos por la hija del acaudalado dueño de Santa Clara.

  
XV

Una tarde recibí una cartita de don Román, una esquila muy punticomada, escrita gallardamente, con aquella la excelente letra de Palomares que años atrás dió á mi maestro fama de habilísimo pendolista.

“Muy querido discípulo y amigo:

“Como te lo ofrecí anteayer, estuve anoche á visitar al Sr. Lic. Castro Pérez para hablarle acerca de tí, y de lo útil que podías serle en el despacho. Díjele cuanto me pareció oportuno: le hablé de tus buenas prendas, de tu buen carácter, de tu índole laboriosa, de tu instrucción sólida y bien dirigida, y de la dificultad en que te hallabas para seguir los estudios y la carrera

tan brillantemente iniciada, así como de la necesidad en que te veías de buscar algo productivo. Oyóme de buena voluntad (lo cual me pareció de buen agüero) y me prometió ocuparse en el asunto á la mayor brevedad. Juzgo necesario que le hagas una visita, cuanto antes, y te recomiendo que trates á mi amigo (que lo fué también, y muy íntimo, del señor tu abuelo) con tu genial y característica bondad, con la cortesía que te distingue. Castro Pérez se paga mucho de exterioridades, y para tenerle propicio es necesario halagarle. Es maniático, y la menor cosa le contraría. Ya te dejo preparado el campo. A tí te corresponde lo demás.

“Ven por acá. El hígado me tiene desde ayer molesto y *achicopalado*. Ven, charlaremos, y te enseñaré algo que te gustará mucho; unos exámetros que forjé anoche contra esos *sabios* de *La Sombra* y de *La Voz*.

“Ya sabes cuánto te quiere este tu maestro y amigo

ROMÁN LÓPEZ.”

Me dió mala espina la esquelita de mi señor maestro. Desde luego pensé que iba yo á tratar con un hombre de mal carácter. Esto me puso

disgustado. Me imaginé que Castro Pérez era uno de esos abogados viejos, peritísimos en cuestiones de Jurisprudencia, pero en lo demás unos ignorantes de tomo y lomo; un señorón de aldea, pagado de su fama y de su ciencia, de esos que suspiran por todo lo antiguo, y que siempre están mal dispuestos para todo lo nuevo; un fantasmón iracundo, gruñón, de esos que ven con desconfianza á los jóvenes, y que se complacen en censurar á todas horas la educación enciclopédica de estos tiempos, la cual, si bien no produce sabios á granel no cría fátuos, como tantos viejos que yo conocía, encastillados en su saber hipotético, muy vanidosos y engrerdos con su ciencia; ciencia exigua y mezquina que les conquista en el pópulo vil admiradores y monaguillos de amén que aprueban cuanto dicen los Sócrates de aldea, así suelten estos el mayor disparate. En una palabra: me imaginé que Castro Pérez era uno de esos abogados viejos, repletos de latines, que se saben de memoria las Partidas, que tienen pujos de canonistas, y que escriben errar con *h*; *teólogos de capote*, como los llamaron *in illo tempore*; peritos en las triquiñuelas jurídicas, pero vacuos de todo lo demás; habilísimos para ocultar su ignorancia, y desdeño-

sos de cuanto no entienden; que miran á todo el mundo con aire de protección, y que apareciendo graves y sesudos, mostrándose inaccesibles y huraños pasan por unos portentos y vienen á ser en pueblos y ciudades como Villaverde, señores de vidas y haciendas.

Nada sacaréis de ellos si no os mostráis humildes, sumisos, incondicionales admiradores de sus personas. ¡Ay de vosotros si no os acercáis á tan excelsos caballeros, aparentando que todo lo esperáis de ellos! ¡Ay de quien no les rinda parias! De seguro que nada obtendrá; de fijo que á todo le contestarán con monosílabos, y saldrá de allí colérico y desesperado.

Me repugnaba seguir los consejos de mi maestro. Entendí muy bien lo que éste me quería decir con aquello de *te recomiendo que trates á mi amigo con tu genial y característica bondad*; pero me chocaba presentarme tímido y meticuloso como un donado, aparentando una estimación que no pasaba en mí de los límites de un respeto vulgar y corriente, como el que concedemos á todos por razones de urbanidad y cortesía. ¿Qué hacer? Me dispuse á seguir los consejos del *pomposísimo Cicerón*, y de tardecita, poco antes de que sonara el *Angelus*, me encaminé á la casa de

Castro Pérez. Vivía á espaldas de la Parroquia, en un caserón vetusto y sombrío.

Quando llegué al zaguán me vi tentado de retroceder é ir á charlar á casa de don Procopio. Hice de tripas corazón y avancé hasta la puerta del despacho.

—¡Adentro!—dijo una voz atiplada.

—¿El señor Castro Pérez?

—¡Adentro!—repitió la voz de falsete.

Era el escribiente. Mala impresión me causó tan delicada personilla. Era un muchacho pálido, ojeroso, exangüe y consumido por el trabajo; un infeliz, condenado, sin duda, á prisión perpetua en aquel mundo de legajos y mamómetros; siempre inclinado sobre aquella mesita cubierta con un tapete de bayeta verde, delante de aquel tintero de plomo lleno de tinta espesa y natosa.

—¿El señor Castro Pérez?

—¡En la otra pieza!—me contestó el cova-chuelista.

—¿Puedo pasar?

—Pase vd.

Me colé de rondón. Mi hombre, casi tendido en una poltrona, cerca de la ventana, revisaba un legajo. Al sentirme se incorporó contrariado,

dejó el asiento, y fué á cerrar la puerta, acaso para que no pudiese oírnos el escribiente.

—¿Qué mandaba usted?—me dijo frunciendo el entrecejo.

—Mi maestro, el Sr. D. Román López, me ha recomendado.....

El rostro de Castro Pérez cambió de expresión.

—Vamos, joven,—murmuró levantándose, y ofreciéndome un asiento,—aquí tiene usted una silla.

Mi hombre volvió á su poltrona, y luego, por sobre los anteojos, me miró de pies á cabeza.

—¿Qué se ofrece? ¡Ah! ¡Ya recuerdo! ¿Es vd. el joven que desea entrar de amanuense en esta casa?

—Sí, señor.

Pues bien..... Veremos, veremos si es vd. útil. Aquí tenemos mucho trabajo. Ya sabe vd. mi clientela es numerosísima, y por ende no falta quehacer. Si quiere vd. trabajar.....

—Es lo que deseo.....—murmuré, bajando la vista, mientras el abogado me miraba de hito en hito.

—Pues bien, así lo quiero, trabajadorcito. Diez amanuenses he cambiado en este año, y, á

decir verdad, ninguno me ha dejado contento. ¡El mejor no valía tres caracoles!

—No pretendo valer mucho; pero..... procuraré, bajo tan buena dirección, aprender en poco tiempo cuanto sea necesario.

Castro Pérez sonrió, y á dos manos, juntando el pulgar y el índice se compuso los anteojos, y luego, dándose palmaditas en el abdomen, echóse atrás y me interrumpió.

—¡Nada de lisonjas, joven! Nada merezco de cuanto dicen de mí.....

Hablaba lenta y pausadamente, oyéndose.

—Es usted por extremo modesto.....— ¡Aquí!—me dije.— ¡Aquí del incienso!—¿Quién no tiene noticia de los talentos de vd., de su saber profundo, de su fama, de su acrisolada honradez?

Estos elogios me sonrojaban.

—¡Bien! ¡Bien! Veremos si obtiene vd. lo que desea. Está vd. eficazmente recomendado por Román. Me dice que fué vd. su discípulo, y de los más aventajados.....

—El señor mi maestro me quiere mucho, y es conmigo demasiado benévolo. Deseo trabajar, y estoy seguro de adelantar al lado de persona tan recomendable. ¡Quién no sabe que es vd. el primer abogado del Estado de Veracruz!



Castro Pérez se hinchó como un pavo, se meció en la poltrona, fingió sonrojarse, y me dijo:

—¡Al grano! ¡Al grano! ¿Conoce vd. el ramo?

—No, señor.

—Pues entonces, ¿cómo solicita vd. una ocupación que le es desconocida? Tengo buenas noticias de vd. Ya Román me dijo que es vd. un muchachito inteligente, que sabe vd. hacer bonitos versos. . . . Pero, es cosa sabida: no son los mejores empleados los que se andan todo el día á caza de consonantes. . . .

Me dieron ganas de estrangular al viejo.

—Señor:—repliqué—es cierto que hago versos; pero no vivo entregado á tan grata ocupación. Además, tengo entendido que vd. . . . suele hacerlos. . . . ¡y muy hermosos!

—¡Gracias, joven! ¡Restos de mis aficiones juveniles! En verdad que la poesía suele cautivar-me, pero sólo de tiempo en tiempo. ¡Bien, bien, bien!

Esta era su muletilla.

—Espero que vd. en memoria de mi abuelo. . . . Ya D. Román le hablaría de las circunstancias en que me encuentro. No puedo volver á México; no puedo seguir los estudios, y estoy obligado á buscarme un pedazo de pan. . . .

—¡Bien! ¡Bien! ¡Bien! Así lo hace un joven delicado. Veremos, veremos si me sirve vd. Pero debo advertirle que. . . . hasta dentro de una semana no podré resolverle. Mañana veré si puedo conciliar varias cosas. Vuelva vd. por acá, viernes ó sábado. . . . Y. . . . diga vd. ¿Tiene vd. buena letra?

—Regular, señor licenciado.

—Vamos, vamos. Ahí tiene vd. lo necesario.

Obscurecía. En la mesa había un candelero con una bujía.

—¿No ve vd.? Pues encienda la vela y escriba lo que guste.

Obedecí. Tomé la pluma y escribí: *Si el Sr. Licenciado Castro Pérez se digna recibirme en su casa, procuraré servirle con toda fidelidad.*

Me acerqué al abogado, llevando la hoja y la bugía. Mi hombre se acomodó en su poltrona, se compuso con ambas manos las gafas, y leyó lo escrito.

—¡Bien! ¡Bien! ¡Bien! ¡Conforme! Prefiero la antigua y gallarda letra española. . . . Pero, en fin, la de vd. es clara y hermosa. ¡Esta letra inglesa tan amanerada y presumida!

Y después de un rato de silencio:

—Ya sabe vd.: viernes ó sábado. . . .

—Vendré por acá....

—No; yo le llamaré á vd.

Entiendo que no le caí mal á Castro Pérez. Así me lo dijo dos días después el bueno de don Román.

—La cosa es segura, muchacho. ¡Has clavado una pica en Flandes!



## XVI

Estábamos á fines de octubre, mediaba el otoño, y los campos reverdecidos por las lluvias hacían gala de sus follajes. Las mañanas eran límpidas, frescas, pródigas de luz; los crepúsculos breves, espléndidos, incomparables.

Me placía vagar por los alrededores de Villaverde. Cien veces recorrí las márgenes del Pedregoso, y otras tantas ví, desde lo más alto de la colina del Escobillar, la puesta del sol. Mi sitio favorito, á donde iba yo todas las tardes, era una roca casi plana, que parecía derrumbada del último picacho, y que ladeada sobre un peñasco, me brindaba cómodo asiento que circundaban buvardias coralíneas; cebadillas de suave fragancia, helechos maravillosos y vaporosas gramí-

neas que, mecidas por el viento, esparcían el pardo plumón de sus espigas maduras.

¡Qué panorama tan hermoso! A mis pies las primeras calles de la ciudad, como extendidas en una alfombra de felpa amarillenta; la alameda de Santa Catalina; los edificios apiñándose á proporción que se acercaban á la Plaza; el poblado dividido por el río, y á orillas de éste el convento franciscano, lúgubre y sombrío desolado y triste, como si llorara la ausencia de sus mendigos.

Del lado del Norte, las lomas de San Antonio; los potreros del Escobillar; las casucas del Barrio-Alto, ocultas en la espesura de los jinicuales y de los naranjales.

Al Oriente, lo más pintoresco de la vega. A derecha é izquierda las montañas de Mata-Espesa, cubiertas con la exuberante vegetación de las tierras calientes; el cerro de los Otates que, visto desde el punto en que yo estaba, parece un camello que postrado en la arena aguarda el soplo abrasador de los desiertos.

Entre ambas alturas el llano entenebrecido; el cielo dividido en dos fajas horizontales y paralelas: la superior cerúlea y transparente; la inferior teñida de color de violeta. Sobre esta zona

se dibujaban los perfiles suaves y ondulados de lejana cordillera, y la arrogante cúpula de la iglesia del Cristo, domo correcto y presumido, rematado con una cruz de hierro, en torno de la cual trazaban círculos interminables algunas docenas de rezagadas golondrinas.

En el zenit cúmulos niveos flecados de plata; celajes de tul; girones de gasa incendiados por la luz poniente; retales de brocado que ardían enrojecidos; cintas nacaradas; aves de fuego; serpientes de gualda que se retorcían y se alargaban; esquifes con velas de encaje, que bogaban como cisnes en el inmenso zafirino piélagó.

El sol iba ocultándose lento y majestuoso en un abismo de oro, entre montañas de brillantes nubes, á través de las cuales pasaban las últimas ráfagas que subían divergentes á perderse en los espacios, ó bajaban á iluminar con misteriosa claridad purpúrea las solitarias dehesas, los gramales de las laderas, los plantíos de caña sacarina, los carrizales cenicientos del río, las arboledas que dividen las heredades, y el tupido bosque de una aldea cercana, cuyo campanil recién enjalbegado surgía de la espesura como un pilar ruinoso.

Y aquí, y allá, y más allá, y por todas partes,

en sabanas, vertientes y rastros, áureo centelleo de amarillas flores, precursoras de los días lúgubres y melancólicos de la primera semana de noviembre.

Los últimos fuegos del moribundo sol fulguraban en la tranquila ciudad, en los azulejos de las cúpulas y de los campanarios, y espejeaban en las vidrieras, y prestaban brillos argentados al Pedregoso. Las aves volvían raudas á sus nidos, millares de pajarillos cantaban en los matorrales de la colina, y el viento susurraba en las gramíneas.

Me abismaba yo en la contemplación de aquel espectáculo encantador. Se despertaban en mí mente dulces memorias, y estremecían mi corazón sentimientos y ternuras del amor primero. De mis labios se escapaban las más bellas estrofas de mi poeta favorito; mi mano trazaba en la tierra rojiza un nombre amado, y entre las sombras que bajaban en tropel hacia la llanura creía yo ver la silueta donairosa de gentil doncella.

A tales delirios,—que delirios eran, y nada más,—sucedió en mi alma cierta melancolía dolorosa que me arrancaba suspiros y humedecía mis ojos. Y buscaba yo, entre las mil casas de Villaverde, la humilde casita de mis tías. Ahí es-

taban las buenas ancianas que tanto me querían; ahí estaba Angelina, la pobre huérfana objeto de mi amor. Quedito, muy quedito, temeroso de que alguno me oyera, decía yo el nombre de la dulce niña, como si ella estuviera cerca de mí y pudiera escucharme y fuese yo á decirle: "Angelina; te amo, te amo! ¡Ámame! ¿Eres desgraciada? Yo también soy desgraciado. Vivamos uno para el otro; seamos, como dice el poeta:

*Dos almas con un mismo pensamiento  
Y palpitando acorde el corazón.*

Confieso que al ir copiando estas páginas, escritas hace cuatro lustros, y tanto tiempo olvidadas, torna y se apodera de mi alma árida y triste aquella plácida melancolía de mi penosa juventud; confieso que al copiar los capítulos de esta historia amorosa, viene á mi memoria el recuerdo de aquellos días, y de mis ojos, que ya no saben llorar, rueda una lágrima....

Y sin embargo, me río de mis tonterías juveniles, de mis locuras de enamorado, de aquel fantasear de mi mente que malogró en mí fuerzas y energías que debieron ser útiles á los demás. Pero no me burlo de mis ensueños juveni-

les impunemente; cuando me río de ellos me duele el corazón.

Ahora vivo la vida prosaica de quien no fía en humanos afectos, de quien llama las cosas por sus nombres, de quien sólo gusta de la poesía en teatros y academias, y no quiere que el mundo y la sociedad sean como los pintaban los novelistas de antaño, los soñadores lamartinianos, los grandes ingenios de la legión romántica. ¡Ay de mí que malgasté en vanas imaginaciones las energías de mi alma, y despilfarré los más nobles sentimientos, y cansé mi fantasía, y dejé en los zarzales del camino pedazos del corazón!

A las veces renuncio á copiar estas páginas envejecidas en la gaveta, y que acaso no serán entendidas de la generación presente, que ha de leerlas de prisa en el folletín de un periódico. Me ocurre echarlas al fuego para entretenerme en ver las llamas que las devorarían en pocos minutos; pero me es imposible resistir al deseo de que sean conocidas estas memorias, escritas por un pobre muchacho, admirador incondicional de aquellos escritores gallardos y de aquellos poetas amables y sentidos que fueron delicia de nuestros padres. He dado en creer que su lectura será provechosa para la actual generación.

Me ocurre preguntar: ¿Será interesante para ella este modesto libro que acaso peca de indiscreto? ¿No será acogido con menoscipio y risas burlonas? Yo quiero que los muchachos que ahora empiezan á vivir, sepan cómo sentían y pensaban los jóvenes de aquel tiempo. Sea como fuere, prosigamos la tarea, y que la mocedad de hoy, agitada y turbulenta, tristemente precoz, falta de nobles ideales, prematuramente envejecida y nunca saciada de placeres, sepa cómo eran, qué pensaban y qué sentían los jóvenes de entonces.

Permanecía yo en mi sitio predilecto hasta que las sombras invadían la ciudad, hasta que se apagaban en los horizontes y en las cimas los últimos reflejos del sol, y Villaverde encendía sus luces, y Véspero, el amado Véspero, bañaba la vega en apacible y misteriosa claridad. Entonces, apoyado en nudoso tallo, cortado á la subida, bajaba yo lentamente, cargado de flores: irideas de subido escarlata, que á millares crecen entre las piedras de la vertiente; *patas de león*, simpáticas moradoras de las umbrías; buvardias que se me antojan talladas en coral; helechós que parecen tiras de raso; musgos raros; frutos desconocidos; guías enfloradas de

cierta campánula blanquecina que huele á miel virgen.

Ya sabía yo que Angelina me saldría al encuentro. Al llegar me la encontraba yo en la puerta, cariñosa, sonriente, como toda niña delante de aquél á quien ama, cuando sospecha que es amada.

—¿Qué me trae vd?

—Lo más hermoso que pude hallar.

La huérfana recibía las flores y corría á examinarlas. Mirábalas una á una, aspiraba su aroma, y en la corola de la más bella, en el ramillete más lindo, dejaba un beso silencioso que yo me apresuraba á recoger.

Por aquel beso hubiera yo subido entonces, en busca de flores, hasta lo más encumbrado de la sierra; ahora no caminaría yo cien metros en busca de una rosa, así fuese para obsequiar á la mujer más bella. Llamo á un jardinero, le encargo un ramillete, y. . . . ¡listo!



## XVII

De noche me quedaba en casa, conversando con la enferma ó charlando con Angelina. Ella y tía Pepa hacían sus flores, y yo hojeaba un libro ó leía para mí.

—¡Lea vd. en voz alta!—solía decirme la doncella.—Lea vd. algo bonito. . . .

—¿La vida del santo del día?

—No!—contestaba en tonillo suplicatorio, haciéndome un mohín de niña mimada.

Traía yo un tomo de versos, generalmente de Zorrilla. Angelina se encantaba con las leyendas del afamado poeta: *A buen juez, mejor testigo*, *La Pasionaria*, *Margarita la Tornera*. Con ésta, sobre todo, que era para ella lo más hermoso de la poesía moderna.

Me parece que veo á la anciana y á la joven muy diligentes y afanosas, oyendo atentamente los sonoros versos.

Aquella mesita baja y larga, cubierta con un mantel viejo, iluminada por un quinqué con pantalla verde, y llena de cajitas, ruedas de alambre y rollos de papel, se me antojaba, á veces, como un arriate engalanado con todos los primores de un jardín. Mi tía acocaba cépalos sobre la rodilla; Angelina, pincel en mano, delante de un gran plato, y cercano el papelillo de arrebol, pintaba pétalos de rosa. Empapábalos primero en agua acidulada, los enjugaba después entre los pliegues de una toballa y luego les aplicaba la tinta. Al poner el pincel en el húmedo paquetillo, aparecía una mancha carminada, de tono intenso, que poco á poco se desvanecía sin llegar á los bordes. Entonces la joven sumergía las hojuelas en una solución de alumbre muy ligera, para fijar el color. Yo seguía leyendo; pero en ocasiones la doncella demandaba mi auxilio.

—Rorró;—así me decía ya, sin que este nombre cariñoso llamara la atención de mi tía—Rorró, deje vd. el libro y ayúdeme!

Se trataba de separar los pétalos uno á uno, sin estropearlos, con la punta de un alfiler, para

que la tela no perdiese el barniz que traía de la fábrica y sacaran las flores un brillo natural. Iba yo despegando las hojas y colocándolas cuidadosamente, en filas paralelas, sobre una servilleta. Esta operación era muy larga.

Una noche la tía se quedó dormida. Advertido Angelina, y me hizo seña para que habláramos en voz baja, y quedito, muy quedito, mientras oprimía con la punta de los dedos los empapados paquetillos y los apartaba en el borde del plato, me dijo:

—Esta mañana estuve en la Conferencia. . . .  
Tuvimos una discusión muy acalorada.

—¿Por qué?

—¡Cosas de las gentes! No piensan con juicio ni entienden las cosas á derechas.

—¿Quiénes?

—Eso si no diré; pero es el caso que una señora que vd. conoce. . . .

—¿Quién es ella?

—¡Curioso!

—Despierta vd. mi curiosidad y. . . .

—¡Ya dije que no lo he de decir!

—Bueno. ¿Qué pasó?

—Propuso una compañera que diéramos so-

corros á una familia que está en la miseria. Todas aceptamos; pero entonces esa señora dijo que nó; que no era justo quitar á verdaderos necesitados, auxilios y socorros que no abundan, para darlos á unas muchachas muy emperifolladas y que tienen novio.

—La verdad es que. . . .

—No, Rodolfo, qué verdad, ni qué verdad! No es cierto que esas infelices anden emperifolladas. Suelen vestir bien, es cierto, pero no porque despilfarran en trapos y moños lo poco que ganan. Andan arregladas y aseaditas. ¡Eso no es un pecado! Si á veces llevan un bonito traje es porque se los da una alma caritativa. Y en cuanto á lo del novio, ¡eso es cosa que á nadie le interesa! Así lo dije yo. Pero la señora insistió, y entonces una señorita, una señorita muy guapa que estaba allí, (también la conoce vd.) se mostró muy contrariada, y dijo que aquello no le gustaba; que era muy feo eso de averiguar vidas ajenas. Y tuvo razón; sí, señor, mucha razón! ¿Verdad que eso no es caridad? ¡Qué es eso! No, señor; si esa familia es pobre y necesita del auxilio de la Conferencia, pués darlo, si es posible, si lo hay; ó negarlo si no alcanzan para ello los recursos; pero ¿á qué tales averiguaciones? La señora no

cedía, y entonces la señorita no pudo más, y exclamó con mucha gracia: «En cuanto á eso de los novios, señora, piense vd. que esas pobres muchachas no se han de quedar para vestir santos, y recordemos que asunto es ese en el cual nada tienen que hacer las Conferencias. Si alguna vez ve vd. á esas niñas con vestidos buenos, es decir, con vestidos que no parecen de pobre, es porque yo, (sólo porque es preciso lo digo), se los he regalado!» Y esto lo dijo encendida y muy apenada.

—Y ¿quién es esa señorita?

—Después hablaremos de ella.

—Y ¿en qué paró la discusión?

—¡En qué había de parar! En lo que era debido: en que la presidenta dijo que teníamos razón; que se dieran los auxilios, y que no se volviera á hablar de eso. La señora se fué mohina, y nosotras salimos muy contentas.

—Bien hecho, Angelina. Tenían ustedes razón.

—Ahora, vamos á otra cosa. ¿Sabe vd. lo que me dijeron esta mañana, al salir de la Conferencia?

—Si vd. no me lo dice. . . . Veamos, ¿quién y qué?

—¡Ah!—exclamó, sonriendo, dejando ver toda



la hermosura de sus hoyueladas mejillas.—Es algo que á vd. se refiere.

—¿A mí?

—Sí.

—¿Quién fué?

—Un pajarito.

—¿Un pajarito?

—Sí.

—¿De qué color? ¿Azul, como el de los cuentos?

Angelina no me contestó, y como si creyera que había dicho algo inconveniente siguió hablando de otra cosa: de la obra que tenían empezada, de no sé qué!...

Yo me complacía en mirar los ojos de la doncella, aquellos ojos soberbios, negros, rasgados, sombreados por la rizada pestaña y la negra y arqueada ceja. Advirtió Angelina que la miraba yo con interés de amante, y se encendió al igual de los pétalos que llenaban el plato.

—Angelina... ¿qué dijo el pájaro azul?

Sonrió dulcemente, y me respondió, bajando la mirada:

—Que... ¡Es vd. muy curioso!

—No tengo yo la culpa. Vd. despertó mi curiosidad.

—No fué pajarito, que fué pajarita. ¿Dice vd. que azul? Pues azul; no se equivoca vd. Azul y oro... porque es rubia y estaba vestida de color de cielo.

—¿Qué dijo?

—Pues... dijo, (no crea vd, que lo invento yo, eh?) me dijo... que.. No; es mejor no poner tentaciones!

Aunque la joven inclinaba la cabeza sobre el plato, pude observar que se había puesto pálida, sumamente pálida. Velaba su rostro una sombra de repentina tristeza.

—Angelina...—supliqué—¿qué dijo y quién es esa pajarita? Será una golondrina de las que anidan en la torre...

—¡Adiós! Las golondrinas no son rubias, ni visten de azul.

—¿Y á qué viene eso de las tentaciones?

—A nada. ¡Cosas mías! Por decir algo... por avivar la curiosidad del caballero...

—Seriamente. Dígame vd. todo. Sin duda que me ha de interesar...

—¡Ah! ¡Y sí que sí!

—Pues... oigo.

—Es el caso...

—Dígame vd. todo...

—Todo. Es el caso que una señorita muy guapa, muy elegante, y además muy rica, la misma que se puso tan seria y abogó por esas pobres muchachas que pedían socorro á las Conferencias, me tomó del brazo... y...

—Bien, tomó á vd. del brazo... y qué?

—Y salimos

—Salieron... ¿y qué más?

—Y me preguntó con mucho interés, con *demasiado* interés, quién era un joven recién llegado á Villaverde, que vive en esta casa, y que tarde á tarde, se pasa las horas muertas, en un asiento de la Plaza, de codos en la baranda, y vuelto hacia...

—Hacia la casa del Sr. Fernández. ¿No es eso?—concluí riendo.

Ella prosiguió:

—Y oyendo tocar á una señorita que vive allí.

Angelina me miraba atentamente, procurando observar el efecto que sus palabras producían en mí.

—Pues, Angelina: diga vd. á esa señorita que ese joven soy yo, y que paso muy gratas horas, oyéndola tocar!

—¡No! ¡Yo no le diré nada! Pero... ¡Con razón dicen las gentes que está vd. enamorado de

Gabriela!—exclamó apenada, trémulo el labio, húmedos los ojos.

—¿Enamorado de esa niña? ¡Ni por pienso! ¡Murmuración villaverdina!

—¿Murmuración? Vale más. Ya dieron en decirlo, y seguirán...

—Créame vd., Angelina; créame vd.: la señorita es guapa, si que es guapa, linda como un ramo de rosas; pero el joven que se complace en oír la tocar no ha puesto en ella los ojos, ni los pondrá jamás!

Mi voz despertó á tía Pepa. Yo estaba separando el último pétalo.

La anciana se volvió á dormir, y entonces siguió la interrumpida conversación, é interrumpida de tal modo que nos dejó turbados, como si fuéramos dos amantes sorprendidos en furtivo coloquio!

—Vd. dirá lo que quiera, Rodolfo, ¡Buenos son los hombres para eso! No me doy por engañada. ¡El tiempo lo dirá!

—Le juro á vd. que hasta hoy supe su nombre. Oía yo: la señorita Fernández... por aquí; la señorita Fernández... por allá!

—¿Conque no sabía vd. el nombre de esa niña?

—No.

—¿No?

—No.

—¿Conque no?

—¡No, y nó!

—Pues ya lo sabe vd.: se llama Gabriela.

Angelina me veía y sonreía como si dudara de mi dicho, como si quisiera sorprender en mis ojos la verdad.

—No, Angelina: sería una locura eso de que yo pusiera los ojos en esa señorita. Sí, una locura, y por mil razones. La primera, la principal, y que vale por todas, es ésta: porque soy pobre.

La doncella suspiró como si quedase libre de un gran peso.

—Algún día, acaso no muy lejano, sabrá vd., Angelina, á quien amo yo.

Díjeme esto fijos mis ojos en los suyos. Ella me dirigió una mirada profunda, intensa, llena de infinita ternura, dulcemente alegre.

Tía Pepa despertó.

—¿De qué hablaban, Rorró?

Angelina se apresuró á responder:

—De que Rodolfo se ha estado un siglo para separar esos pétalos,

—Y diga vd. también que decía que estoy prendado de la señorita Fernández.

—¡Qué es eso, Rorró!—exclamó mi tía.

—Señora, eso cuentan por ahí. . .

—¿Vd. lo cree, tía?

—No, muchacho; ni sería de mi agrado. A Carmen sí que le gustaría. La otra tarde me dijo: «¡Ay, Pepa! A mí la única muchacha que me gusta para Rodolfo es Gabrielita! ¡Qué bonita pareja harían los dos!»

El rostro de la joven se entristeció de súbito, como esos manantiales de agua purísima cuando pasajera nube les roba por un instante los rayos del sol.

